

## **Yo el Supremo o el cráneo en el que nacen los mitos del Paraguay**

### **Dimensión política de un texto revolucionario**

Mario Castells

UNR

Tampoco los muertos estarán a salvo del enemigo si este vence.

Y ese enemigo no ha cesado de vencer.

Walter Benjamin, *Sobre el concepto de historia*, tesis VI

Es innegable que la literatura paraguaya aún paga un justo óbolo al interés que suscitó en la crítica continental y mundial la obra de Augusto Roa Bastos, principalmente a raíz de su novela *Yo el Supremo* (en adelante *YES*), publicada en Buenos Aires en el año 1974. No obstante, varias veces –por no decir casi siempre–, ese interés fue un interés sectario. Las distintas claves de lectura que tuvo *YES* hicieron que diversas capillas de la crítica (opuestas por el vértice entre sí) la eligieran para avalar sus postulados teóricos. Con lo cual, podríamos aseverar que este texto, como pocos más en la narrativa latinoamericana, tiene la cancha rayada por los cascos de una serie de polémicas sin cuartel. Y en ese sentido, tampoco seremos la excepción.

El estructuralismo y sus sucesivas encarnaciones, posestructuralismo, deconstrucción, etcétera, describieron así un mundo sin presencia, que no era más que una serie de redes y sistemas que interactúan entre sí. Este es el mundo posmoderno, sin yo, sin sujeto. Un mundo compuesto por sistemas que no son en última instancia otra cosa que construcciones: construcciones sociales, construcciones arbitrarias. Ni simulación, ni rizomaticidad, ni deshistorización ni desfictionalización del relato, como lo propugna la secta posestructuralista (tan predilecta en los ámbitos académicos argentinos), lo que nosotros encontramos en este texto es una espiralada y calidoscópica jungla de relatos unificados en un todo que es la historia del Paraguay, situaciones donde la buena crítica solo puede ingresar un poco a tientas. Así mismo lo señala Juan Manuel Marcos, en un lúcido y polémico artículo aparecido en el año 1982 en la *Revista Plural*, de México, donde asegura que lo fundamental de esta novela es su ceñimiento a la realidad mítica y social de su pueblo.

Laberinto, biblioteca o universo de naturaleza circular, infinita y babélica, el “texto” así concebido intenta abolir el texto en dos formas: como comunicación humana y como hecho social. El objeto de este asalto –sin duda a despacho de sus orígenes– anhela ejercer la hegemonía vanidosa y totalitaria de la crítica burguesa. El fetichismo de la “doble lectura” caído del cielo fenomenológico olvida que la esquizofrenia es todavía patológica. Tal vez Alonso Quijano, Iván Karamasov, Benjy, Mersault o el Supremo hayan sido mentalmente excéntricos, pero el texto que hoy llamamos Cervantes, Dostoievski, Faulkner, Camus o Roa Bastos nos emociona por su lucidez y unidad, no por su lunática y errática difference. El fetichismo del minotauro consiste, no en un sacrilegio contra el logocentrismo occidental, como quisieran los derridianos, sino en un viejo tipo de binarismo: la alienación ideológica de la abstracta oposición concebida por Saussure en términos de “langue” (“lengua”) y “parole” (“habla”) –los ejes metafórico y metonímico, según Jakobson–; un paradigma celestial y su mugriento espejo: sociedad, realidad, historicismo, vida y discurso humanos. (17-18)

La crítica posmoderna, reiteramos, ha ignorando la historia paraguaya; ha desestimado o subestimado su importancia en la construcción de la novela y al contrario, se ha encandilado como un insecto nocturno en una lamparita de 45 watts, propugnando la procedencia y excelencia de sus “estrambóticos artefactos”. Nosotros en cambio pensamos que elaborar planes de

lectura sin tener en cuenta el contexto histórico del cual emergieron las obras, sea cuales fueran, es como formular la física sin principio de gravedad.

Discurrir sobre ideología, más si no hay una praxis que apunte el discurso en el terreno de la lucha política, puede resultar una empresa, de mínima, engorrosa. Entre otras razones porque todos tenemos una experiencia inmediata de lo que representa esta en distintos ámbitos de la sociedad, pero mucho más aún, por lo que sabemos de cómo seduce y disciplina a la hora de la creatividad en nuestras derruidas instituciones de enseñanza superior. Atender, por ello, al valor de *YES* como gran crítico de la ideología paraguaya, de un modo “objetivo”, resguardándolo del meollo de la lucha de clases del cual surgió, sin apelar al estado actual de la misma, y sin presentar un “balance” de su estado de lectura, es faltar a la cita de honor a la que nos impele. El arte, como bien lo supo León Trotsky, “se crea sobre la base de una interacción constante entre la clase y sus artistas, tanto en el plano de la vida cotidiana como el de la cultura y el de la ideología” (2004: 188). La definición de ideología se orienta, para nosotros, a un objeto que no puede ser aislado por su naturaleza misma, como son los fenómenos sociales. Los objetos de los fenómenos sociales se hallan entrelazados en una implicancia orgánica, y todo intento por aislarlos constituye una fragmentación. De resultas, y para no extendernos más, convendremos que la emergencia de una ideología no representa precisamente una perversión del entendimiento o del sentir (es decir, resulta necesario desvincular el concepto de la problemática “representacionista”, ya que “la ideología no tiene nada que ver con la ilusión”), sino que señala la presencia de un problema político. En otras palabras, nos encontramos de lleno con un discurso ideológico cuando su contenido, con independencia de si es verdadero o falso (si es verdadero mejor para sus efectos), “es funcional respecto de alguna relación de dominación social (...) de un modo no transparente: *la lógica misma de la legitimación de la relación de dominación debe permanecer oculta para ser efectiva*” (Žižek 2008: 15).

Así pues, el tema de la ideología en *YES*, partiendo de su cronotopo tutelar, el ámbito del Paraguay, y de su conciencia irradiadora, la del Dictador Supremo José Gaspar Rodríguez de Francia, y continuando por su retórica pol(is)émica, es una herida poética nunca cauterizada. Tengamos en cuenta además que desde mediados del siglo XX las novelas ya nunca han podido considerarse como espejos de la realidad, como sistemas unívocos que hacen referencias a mundos reales, como maquinarias narrativas provistas de un solo centro y un solo punto de vista. Herida sofocla, digna del mito de Filoctetes, si reconocemos que la definición de ideología se trastorna por la sordera política, el empirismo acrítico y la falta de debate imperantes en nuestras izquierdas.

El yo del Doctor Francia mira la historia desde el presente de la escritura superpuesto o en disputa con el yo del autor, de manera que permanece en 1840 a la vez que se ubica en los años sesenta. Es una identidad fragmentada, enmascarada en el yo de Francia contenido en los documentos, en los él de los historiadores y escritores de los que es traducción y en el yo de Roa Bastos lector de múltiples textos (...). El Supremo, principal portavoz, despliega un máximo de reflexividad, se sabe al mismo tiempo personaje histórico y literario, vivo y muerto (base de la “infinitud de anacronismos”) y se manifiesta sospechoso del lenguaje y la escritura y consciente de la retórica, los vigila constantemente y medita sobre ellos. (Bouvet, 2009a: 61-62)

Como sabemos, por el modo en que se procesó la historia de nuestro sub-continente, su cultura es necesariamente colonial. Este hecho no supone en sí una calificación peyorativa, sino más bien el primer elemento a tener en cuenta en la realización de un balance de la situación en que nos encontramos, puesto que esta enfermedad congénita, como dijimos, no solo ataca a los que por convicción o comodidad sostienen los fundamentos ideológicos de este sistema de dominación de clases y del neo-colonialismo. Lo que se encuentra, de resultas, en muchas lecturas sobre el Dr. Francia, partiendo de la novela pero también de otros textos gestores, y más

allá de la verdad o no de sus postulados (es decir, más allá de que Francia haya sido un tirano y de qué tipo), es una intención de ocultar los contenidos claramente radicales de aquel gobierno, reivindicado como mito de lucha por gran parte de la sociedad civil paraguaya. Para tal efecto se llevan adelante construcciones ideológicas que rayan en lo absurdo, como la peligrosa (para el sector de la izquierda que las acepta) identificación Francia-Stroessner. Tal identificación, de la que el autor no es completamente inocente (por no combatirla antes que por alentarla), ha sido explotada eficazmente por los ideólogos liberales, omitiendo las enormes diferencias entre un régimen revolucionario independiente y una ruín dictadura militar pro-imperialista.

El gran novelista mexicano Carlos Fuentes haciéndose eco de estas aseveraciones sin rigor, propias del esnobismo progresista, sigue abonando el terreno para la confusión cuando destaca la figura del Supremo de Roa como un representante más, aunque a un nivel de mayor lucidez, del patrimonialismo latinoamericano. Dice Fuentes:

Habría que añadir a este otro nivel de persistencia: el patrimonialismo que Max Weber estudia en *Economía y Sociedad* bajo el rubro de “Las formas de dominación tradicional” y que constituye, en verdad, la tradición de gobierno y ejercicio del poder más prolongada de la América española y portuguesa, según la interpretación del historiador norteamericano E. Bradford Burns. Como esta tradición ha persistido desde los tiempos de los imperios indígenas más organizados, durante los tres siglos de la colonización ibérica y, republicanamente, a través de todas las formas de dominación, la de los déspotas ilustrados como el Dr. Francia y Guzmán Blanco, la de los picapiedras cavernarios como Trujillo y Somoza, la de los verdugos tecnocráticos como Pinochet y la junta argentina, pero también en las formas institucionales y progresistas del autoritarismo modernizante, cuyo ejemplo más acabado y equilibrado es el régimen del PRI en México, vale la pena estudiarla de cerca y tener en cuenta que, literariamente, esta es la tierra común del Señor Presidente de Asturias y el Tirano Banderas de Valle Inclán, el Primer Magistrado de Carpentier y el Patriarca de García Márquez, el Pedro Páramo de Rulfo y los Ardavines de Gallegos, el Supremo de Roa Bastos y el minúsculo Don Mónico de Azuela. (en Azuela, 1988: XVII)

El Supremo Dictador Perpetuo de la República del Paraguay surge sombrío en un marco dramático como el primer dictador en el sentido moderno de la palabra, y provoca juicios contradictorios, polémicas apasionadas. El sistema totalitario de gobierno, el aislamiento, el ensayo autárquico, el mantenimiento de la paz interna en medio de la anarquía americana, la política de no-intervención, son facetas que atraen el resplandor de las baterías. Es uno de los pocos americanos que impresiona al espíritu europeo. Carlyle le dedica un libro basándose en un perfil trazado por las cartas de los hermanos Robertson, y Augusto Comte en su calendario designa un día con su nombre. Poco tiene el Supremo de Roa como el de la historia de esa tradición común del patrimonialismo latinoamericano. Herencia que como el propio Fuentes destaca, tomándolas del trabajo descriptivo de los historiadores Stanley y Bárbara Stein, están insertas en un sistema económico definido por el latifundio, los enclaves mineros, el síndrome exportador, el elitismo, el nepotismo y el clientelismo. Al contrario, hay muchas otras particularidades que hacen a este dictador un emergente atípico dentro del concierto de las nuevas naciones latinoamericanas surgidas de las guerras de independencia.

Es un personaje único en sus actos, en sus obras, en sus expresiones. No imita a nadie y nadie puede imitarlo. Si los dictadores son siempre amigos de luchas y de guerras, él es hondamente pacifista. Si los políticos buscan el mando para saciar su ambición de ostentación, de dinero, de vicios o de glorias, él solo ama el poder por el poder mismo: no cobra sus sueldos, vive pobre como su pueblo, no tiene amigos, ni amantes, ni bufones...

Francia es una excepción de todas las reglas que presiden la aparición de los grandes dictadores. No viene de las filas del ejército, no ha ganado batallas, no ha creado su prestigio al son de fanfarrias militares, es un hombre de estudio que jamás ha intervenido en un hecho de armas, y asciende al

poder no por la violencia –si se exceptúa la revolución del 14 de mayo- ni como remedio para suprimir la violencia, sino por el voto de asambleas libremente elegidas y reunidas en plena paz. Francia no es producto del temor ni de la barbarie rural. Ya Sarmiento había notado que no es un bárbaro creado en las estancias, en los suburbios de la civilización como su imitador Rosas, (sino que) es un hombre educado, un hombre de letras. En un país militar, donde la guerra secular al indio hace de cada hombre un soldado y en un momento grave de su historia cuando quizás será menester defender a punta de lanza la independencia adquirida sobre el campo de batalla, él, hombre de bufete, que no ha empuñado nunca una espada, se pone al frente de ese pueblo de soldados, desplaza primero y luego suprime la casta militar, y convierte al Paraguay en un gran cuartel, gran cuartel sui generis, sin generales, ni coroneles, ni siquiera capitanes, realizando el primero y quizás único ensayo en América de armar una nación hasta los dientes sin militarizarla. Porque el Paraguay de la dictadura no conoce el militarismo; su ejército está comandado por sargentos, no hay una casta militar, como no hay clase ninguna, igualados todos por el mismo rasero de sujeción y obediencia sin excusas. (Chaves, 1985: 20-21)

Richard Alan White infiere que el Dr. Francia protagonizó la primera revolución radical en América (1984). Aunque creemos que en efecto fue así, el objeto de este trabajo no es la historia paraguaya en sí ni la figura histórica de Francia sino el texto de Roa y su “historicidad”. La novela está compuesta de varias formas retóricas. Primeramente, destacan los pasquines, parodias del estilo burocrático del Estado; en segundo lugar, los apuntes de Policarpo Patiño, amanuense del Supremo; en tercer lugar, El Cuaderno Privado, en donde El Supremo anota datos dirigidos a sí mismo; en cuarto lugar, La Circular perpetua, un documento legal que contiene las órdenes del Supremo a los funcionarios del Estado; y, por último, las notas a pie de página del Compilador. Del mismo modo, la obra descansa sobre un sistema de citación directa e indirecta y una compleja intertextualidad.

En ella se da el germen de un contenido que desarrolla sus vías significantes para traducir el inconsciente colectivo de una comunidad en una situación histórica determinada, situación que no es solamente la inscrita en la narración, sino también y en forma especial la del momento de la escritura. Esto pone de relieve el gran interés de la novela con tema histórico, en el sentido señalado por Luckács (...) Al tomar como objeto la historia, al mismo tiempo está sometida a la historia. Pues no se trata de una descripción pasiva, sino de la transformación activa de una materia histórica, que no solamente aclara y amplifica el momento del desarrollo anecdótico del libro, sino que se conecta con el tiempo real, constituido por el pasado, y al mismo tiempo por el presente. (Bareiro Saguier, 2007: 126, vol. II)

Según Carlos Pacheco, la lucha por el poder en *YES* también se da en el terreno semiótico aparte del histórico: hay una lucha “por el poder autoral” en la que los textos “se desdobl原因, dialogan, se invierten, se contraponen (...), confrontación intertextual que será, en definitiva (...) el principal agente portador de la significación” (Pacheco, 1986: XVI-XVIII). El programa del escritor que antes parecía inclinarse hacia una forma dialectal del castellano, el que se habla en Paraguay, y a resaltar ciertos aspectos pintorescos (aunque no a la manera de los realistas mágicos), elabora ahora una superación poética de las contradicciones que lo aquejaban desde siempre, a partir de elegir la lengua del dominador para escribir sus textos de ficción. Este aspecto lingüístico es, sin dudas, el más favorable para la elaboración de este friso polifónico, donde el contrapunteo monológico que se enciende en el agón entre el Yo y el Él, pone en dicción y contradicción las ideas rectoras: Revolución, Independencia, Dictadura. Todo ello desde la Circular Perpetua que va configurando en la novela su espiralada progresión, en consonancia con el debate político que salta del enemigo externo al enemigo interno como apuesta necesaria, como “crítica a la degradación de los regímenes supuestamente revolucionarios” (Bouvet, 2009: 319). Las ideas rectoras se resisten a cristalizar en dogmas por intervención de la crítica.

¿Y cuál es la cuenta de tu Debe y de tu Haber, contraoidor de tu propio silencio?, pregunta el que corrige a mis espaldas estos apuntes; el que por momentos gobierna mi mano cuando mis fuerzas flaquean del Absoluto Poder a la Impotencia Absoluta. (Roa Bastos 1989: 439) (...) Creíste que la Patria que ayudaste a nacer, que la Revolución que salió armada de tu cráneo, empezaban-acababan en ti. Tu propia soberbia te hizo decir que eras hijo de un parto terrible y de un principio de mezcla. Te alucinaste y alucinaste a los demás fabulando que tu poder era absoluto. ¡Perdiste tu aceite, viejo ex teólogo metido a repúblico! Creíste jugar tu pasión absoluta a todo o nada. Oleum perdidiste. Dejaste de creer en Dios pero tampoco creíste en el pueblo con la verdadera mística de la Revolución; única que lleva a un verdadero conductor a identificarse con su causa; no a usarla como escondrijo de su absoluta vertical persona, en la que ahora pastan horizontalmente los gusanos. (454)

Para Ángel Rama, en *YES* “el combate moderno del escritor dentro de la literatura es equivalente al combate antiguo del dirigente dentro de la sociedad” (en Sicard, 2007: 122) y tal es la clave de lectura que proponemos continuar. Esa problemática de andariveles contiguos, la del escritor y el dirigente y sus combates, nos llevan a justipreciar las iluminaciones gramscianas y darles un uso provechoso. La función del dirigente, decía Gramsci, (podríamos decir que lo es también del escritor latinoamericano) no es la de conciliar los contrarios sino la de administrar el ritmo de las contradicciones. *YES* es sin dudas una obra abierta; como el sarcófago o la cripta desde la cual (en rebeldía con la historia teleológica), fluye el monólogo agónico del Dictador electo, como las aguas del río en las que viajan las historias que reinventan al Paraguay. Un totalidad abierta, “(c)on lo cual su figura (la del Supremo) queda, al finalizar el libro, suspendida en la inminencia de una mayor realización que está por hacerse; (puesto que) él abre un camino para el que es necesario, (...) otro que sepa seguir transitándolo hacia adelante *hasta sus últimas consecuencias*. Solo en esta perspectiva es comprensible la dualidad YO-EL”, dice Rama (en Sicard 2007: 139). Lo cual induce al crítico a adentrarse en la problemática de las revoluciones burguesas del siglo XIX y burguesas y socialistas del XX de manera comparativista, proponiéndonos una necesaria lectura paralela, como la que hiciera Lenin en *El Estado y la Revolución*. En efecto, tal como lo lee Rama, efectivamente, el tratado sociológico que se reencuentra en *YES*, responde en mucho a la experiencia moderna de las dictaduras revolucionarias socialistas:

Es probable que sin la desatención de las formas parlamentarias que ha caracterizado a los estados socialistas del siglo XX, sustituyéndolas con un reforzamiento del poder ejecutivo apoyado por un partido único, sin la larga década sin instituciones de la Revolución cubana, sin el ejercicio de lo que se ha llamado dictadura del proletariado para unos y dictadura del partido para otros (o de sus élites dirigentes), no se hubiera accedido a esta nueva visión para considerar el problema de la ausencia de libertad constitucional en un país que acababa de emerger de la revolución, que recién había roto el lazo con la metrópoli, que echaba dificultosamente a andar como república. Es probable que sin el *Libro Rojo* del presidente Mao-tse Tung no se hubiera podido medir nuevamente el *Catecismo Patrio Reformado* que impuso el Doctor Francia como cartilla de educación básica a toda la población paraguaya (...), obligando a que se le recitara en las escuelas del país sustituyendo el tradicional *Catecismo* del padre Astete que sirvió a la orden jesuita para esa misma educación básica. Es probable que sin la observación de los problemas concretos, graves y arduos, que plantea una revolución en un país sin recursos, sin tradiciones administrativas, sin equipos fieles, se pudiera medir cabalmente lo que significó construir en el Paraguay de entonces los cuadros administrativos, un ejército disciplinado (...), un equipo educativo de maestros de primeras letras malpagados, lo que significó poner freno a las ambiciones de los propietarios ricos y mantener una cierta igualdad nacional que protegiera a los más desamparados (132-133)

El relato indefectiblemente es prospectivo y construye su presente a través de los necesarios anacronismos que propician una lectura siempre nueva. Pensemos sino que el río heracliteano de la geopolítica conosureña dejó atrás las dictaduras militares, la Alianza para el Progreso y las

doctrinas de Seguridad nacional que encadenaron su horror al puzzle represivo del Operativo Cóndor, y aún así la voz del Supremo sienta las bases para un análisis preciso del estado de la cuestión en lo que hace a las relaciones entre nuestros países. ¿O acaso no siguen vigentes las alarmas del Supremo sobre la presencia brasileña en el Paraguay? La prístina caracterización del enemigo íntimo se hace más actual hoy que los compadrazgos frentepopulistas nos ocultan la ferocidad de estas mismas banderías que siguen flameando al viento en foros compartidos. El texto de la Circular Perpetua es apoteótico:

Su perfidia y mala fe las tengo de antiguo bien conocidas. Llámese Imperio del Portugal o del Brasil, sus hordas depredadoras de mamelucos, de bandeirantes paulistas a los que contuve e impedí seguir bandereando bandidescamente en territorio patrio (...). Sobre las relaciones de nuestra República con el Imperio; sobre sus tramposas maquinaciones, acechanzas, bellaquerías y perversiones, antes y después de nuestra independencia, les instruiré (...)

El pantagruélico imperio de voracidad insaciable sueña con tragarse al Paraguay (...) Ya nos ha robado miles de leguas cuadradas de nuestro territorio, las fuentes de nuestros ríos, los saltos de nuestras aguas, los altos de nuestras sierras acerradas con la sierra de los tratados de límites (...) Los saltos de aguas. Las presas. Sobre todo las presas que quieren convertirnos en una presa a gusto do Imperio mais grande do mundo. (...) Se tragará (el pantagruélico imperio) un día al Continente entero si se lo descuida. El imperio de las banderías negras inventó el sistema de linderos que se desplazan con los movimientos de una inmensa boa (85).

Pero el estigma del sub-imperialismo que sufre este país no solo se vincula a la política neocolonial del Brasil sino que también – y lo acusó más específicamente en la era liberal- de la Argentina. En otra circular el Supremo trata los problemas con Buenos Aires y empieza por donde se debe, la expedición de Belgrano.

Por aquel tiempo vino Manuel Belgrano al frente de un ejército. Abogado, intelectual, pese a su profunda convicción independentista, vino a cumplir las órdenes de Buenos Aires: meter por la fuerza al Paraguay en el rodeo vacuno de las provincias pobres. Vino con esas intenciones que en un primer fermento debió de haber creído que eran justas. Vino Belgrano acalorado por ese vino de imposibles. Como en otras ocasiones, vino acompañado él también por esa legión de malvados migrantes; los eternos partidarios de la anexión, que sirvieron entonces, que sirvieron después como baqueanos en las invasiones a su Patria. Vino hecho vinagre (Roa Bastos 1989: 114). (...) La cosa es que al jefe porteño no le ha resultado difícil alucinar al hato de milicastrosterratenientes-mercaderes. Mientras conciliabula, vagula, animula, blandula en territorio paraguayo antes de repasar el Paraná, les ofrece una negociación para probar que no ha venido a conquistar la provincia, ni a someterla como en otro tiempo Bruno Mauricio de Zabala en unión con los jesuitas. Protesta con haber venido con el solo objeto de promover su felicidad. Engancha un bagre ya frito en el anzuelo; lanza la línea al arroyo Takuary; se queda a la espera con la caña en una mano, la llave de oro del librecambio titilando en la otra. La virtud de la llave es que sea aperitiva, la virtud del gancho es que enganche. Los jefes paraguayos, boquiabiertos, quedaron enganchados. El jefe tabaquero ve entre los reflejos la suerte nutritiva. ¡Esto es bueno, pero muy bueno!, comenta con sus secuaces. A qué más guerra si el Sur es nuestro Norte. Alucinación general. Meta parlotear con el triunfante derrotado. Pudo haber sido prisionero hasta con el último de sus bultos. ¡Aquí no hubo vencedores ni vencidos!, clama Cavañas. Belgrano tiene agarrados de las agallas a los vencedores. Se muestra magnánimo. Ofrece unión, libertad, igualdad, fraternidad a los paraguayos; franco-liberal comercio de todos los productos de su provincia con las del Río de la Plata. No habrá más puertos precisos ni imprecisos. Se acabó el monopolio porteño. Ya está abolido el estanco del tabaco. Gamarra se guarda la luna bajo el sobaco. Todos comen el bagre convertido en dorado. (117-118)

Consideramos que la crítica política de la cultura que ejercita Roa confiere al texto un carácter revolucionario en fondo y forma; anticoagulante, *YES* fluye aún con esas oscuras sinuosidades

donde la palabra desemboca en sus mismas fauces, convirtiéndose en lo que Bartomeu Melià caracterizó como “el cráneo en el que nacen los mitos del Paraguay” (1997: 122). Debido al sesgo enmascarador de la cultura, la nación es propuesta, desde el poder, como el punto de óptima convergencia de la totalidad social y esa entelequia es corporizada mediante una panoplia de valores culturales que los sistemas educativos instrumentan (1984: 12). Como sabemos, la sociedad paraguaya parece responder aún a los atractivos de una ética que cristalizó en lo rural y en lengua guaraní. Surgiendo la paradoja de que la identidad paraguaya sea una identidad por la negativa, una remembranza y no una proyección hacia el futuro. YES ha corcoveado duro contra la canon-momificación de los programas académicos y también contra esa fosilización identitaria. Junto a la capacidad creadora, el dictador (y primeramente Roa, el escritor, el dirigente que lo problematizó) reafirma su voluntad política: “Yo no escribo la historia. La hago. Puedo re hacerla según mi voluntad, ajustando, reforzando, enriqueciendo su sentido y verdad” (Roa Bastos, 1989: 325).

## Bibliografía

- Amaral, Raúl. 1994. *Escritos paraguayos*. Asunción, Mediterráneo.
- Areces, Nidia R. 2007. *Estado y frontera en el Paraguay. Concepción durante el gobierno del Dr. Francia*. Asunción, Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad Católica (CEADUC).
- Azuela, Mariano. 1998. *Los de abajo*. “La Iliada descalza”, Liminar de Carlos Fuentes. Ruffinelli, Jorge (coord.). Madrid/Roma, Colección Archivos.
- Báez, Cecilio. 1985. *El Dr. Francia y la dictadura en Sudamérica*. Reedición aumentada y revisada. Asunción, Cromos S.R.L./Mediterráneo. Disponible en internet: [www.bvp.org.py](http://www.bvp.org.py)
- Bareiro Saguier, Rubén. 2007. *Diversidad en la Literatura de Nuestra América*, II vols. Asunción, Servilibro.
- Benítez, Justo Pastor. 1937. *La vida solitaria del Dr. José Gaspar de Francia, dictador del Paraguay*. Buenos Aires, El Ateneo. Disponible en internet: [www.bvp.org.py](http://www.bvp.org.py)
- Bouvet, Nora. 2006. *La escritura epistolar*. Buenos Aires, Eudeba.
- 2009a. *Estética del plagio y crítica política de la cultura en Yo el Supremo*. Asunción, Servilibro/Fundación Augusto Roa Bastos.
- 2009b. *Poder y escritura. El Dr. Francia y la construcción del Estado paraguayo*. Buenos Aires, Eudeba.
- Bray, Arturo. 1986. *Hombres y épocas del Paraguay*. II tomos. Asunción, El Lector.
- Chaves, Julio César. 1985. *El Supremo Dictador*. Asunción, Carlos Schauman.
- Derrida, Jacques. 1998. *De la gramatología*. México, Siglo XXI.
- De Toro, Fernando. 2001. “Fernando de Toro disecciona obra de Roa Bastos”, entrevista de Jesús Ruiz Nestosa, Suplemento Cultural de *ABC color*. Asunción, 4 de julio.
- Gramsci, Antonio. 2005. *Cartas de la cárcel*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- 2007. *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Marcos, Juan Manuel. “Yo el Supremo como reprobación del discurso histórico”, *Revista Plural*, México, N° 136, pp. 15-23. En Sicard, Alain (comp.). *Augusto Roa Bastos: Valoración Múltiple*. Asunción, Centro de Investigaciones Literarias Casa de las Américas/FONDEC.
- Melià, Bartomeu. 2005. “El otro final, que pudo ser y no fue, de *Yo el Supremo*”, *Acción* N° 254, junio. Asunción, CEPAG, pp. 5-8.
- Lenin, Vladimir Ilich (Uliánov). 1948. *El Estado y la Revolución en Obras escogidas de Lenin*. Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- Löwy, Michael. 2005. *Walter Benjamin: Aviso de Incendio. Una lectura de las tesis “Sobre el Concepto de Historia” de Walter Benjamin*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

- Luckács, György. 2010. *Teoría de la novela. Un ensayo histórico filosófico sobre las formas de la gran literatura épica*. Buenos Aires, Ediciones Godot.
- Rama, Ángel. 1976. "El dictador letrado de la revolución latinoamericana", en *Los dictadores latinoamericanos*. México, FCE. Colección Testimonios del Fondo, 42. También en Sicard, Alain (comp.). *Augusto Roa Bastos: Valoración Múltiple*. Asunción, Centro de Investigaciones Literarias Casa de las Américas/FONDEC.
- , 1994. *Literatura y clase social*. México, Folios.
- Rengger, Johann Rudolf; Carlyle, Thomas y Demersay, Alfred. 1996. *El Doctor Francia*. Asunción, El Lector.
- Roa Bastos, Augusto. 1989. *Yo El Supremo*. Buenos Aires, Sudamericana.
- , 1991. *Antología narrativa y poética*. Tovar, Paco (document., est., present. y selec. textos). Barcelona, Suplementos de *Revista Anthropos*, 25, abril-mayo.
- , 1996. *Yo El Supremo*. Pacheco, Carlos (ed. y pról.). Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- Sicard, Alain (comp.). 2007. *Valoración múltiple. Augusto Roa Bastos*. Asunción, Casa de las Américas-FONDEC.
- Trotsky, León. 2004. *Literatura y Revolución*. Buenos Aires, Antídoto.
- Vásquez, José Antonio. 1975. *El Doctor Francia visto y oído por sus contemporáneos*. Buenos Aires, Eudeba.
- White, Richard Alan. 1984. *La primera revolución radical de América: La política económica de la independencia del Paraguay*. Asunción, La República.
- Žižek, Slavoj (comp.). 2008. *Ideología. Un mapa de la cuestión*. Buenos Aires, FCE.

## CV

MARIO CASTELLS, ESTUDIANTE DE LICENCIATURA EN LETRAS DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES Y ARTES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO. FORMA PARTE DEL CENTRO DE ESTUDIOS DE AMÉRICA LATINA CONTEMPORÁNEA (CEALC- UNR). HA PUBLICADO: (EN LIBRO) EN COLABORACIÓN CON CARLOS CASTELLS: RAFAEL BARRETT, *EL HUMANISMO LIBERTARIO EN EL PARAGUAY DE LA ERA LIBERAL* (2010); TAMBIÉN HA PUBLICADO NUMEROSOS ARTÍCULOS EN REVISTAS ESPECIALIZADAS Y HA PRESENTADO PONENCIAS EN JORNADAS Y CONGRESOS.